

Se sentía rodeado de traiciones, pero ni siquiera trató de averiguar de dónde venían.

¿Qué le quedaba que perder?

¿Qué otra catástrofe podía amenazarle?

Experimentaba una íntima satisfacción al encontrarse bajo la salvaguardia de Lagrippe, al que estaba tan acostumbrado, al ver rostros humanos después de aquella noche en que había sido secuestrado como Benedetta, pero en la inmensidad, en medio de las nubes, aprisionado por los elementos y perdido entre las tinieblas.

¿Le amenazaban traiciones?

No las temía. ¿Qué podían querer? ¡Su fortuna!

Era tan inmensa, tan formidable, que podían sustraer cuanto quisieran sin menoscabarla, sin que en ella se notara la falta, como esas montañas de mármol de Saint Beat, que los hombres, pigmeos, se esforzaban en destrozar y de las que no lograban arrancar más que el polvo, permaneciendo el coloso tan alto y tan imponente como antes.

Su inteligencia, tan despierta, tan penetrante, había recibido un choque del que no podría reponerse, como sucede á los que reciben un tremendo golpe en la cabeza, cuyo pensamiento permanece siempre tenebroso y oscuro.

Cuando llegaba al viejo Luchon por la avenida de los Suspiros, le parecía que los bañistas y forasteros, tan numerosos

entonces, iban á agruparse en su camino para examinarle con curiosidad y escarnerle en su derrota como se escarnea antes á los caudillos vencidos.

Se asombró de encontrar la calle con su aspecto ordinario.

La misma posada de la Gamuza tenía la tranquilidad de costumbre. En un banco, al lado de la puerta, Miguel Dantenac y Luis, su hermano, estaban sentados pacíficamente y parecieron no aperebirse de él.

En la avenida de Etigny, las gentes iban y venían á sus asuntos, los carruajes circulaban.

Evidentemente no se sospechaba nada de su aventura.

El hotel de la avenida de la Pique, disfrutaba como todos los demás de una tranquilidad perfecta.

El barón pudo llegar hasta su habitación sin ser visto, gracias á una estratagemata de Lagrippe que pudo alejar al criado que estaba en el vestíbulo.

Entonces los dos hombres pudieron hablar con entera libertad.

El normando desempeñaba admirablemente su papel, y fingía la mayor ignorancia del complot.

—¡Que razón tenía yo al querer acompañar á usted!—dijo solamente.

Cuando supo que Jacobo Mosès había sido víctima del mismo audaz golpe de mano que el padre, el normando supo demostrar la más viva estupefacción.

—Ha muerto—dijo el barón con aire sombrío—y con una muerte horrible.

—¡Usted le vengará!—dijo Lagrippe, acometido de un ardor súbito.

El amo movió la cabeza negativamente.

—No—murmuró.

Y añadió mirando fijamente á su criado:

—Harás cuanto sea preciso para sacar sus restos de aquel abismo... Es un asesinato, pero es preciso que aparezca como el fatal resultado de un accidente... Es preciso... ¿Comprendes?

Lagrippe comprendía perfectamente.

Era inútil insistir.

Se inclinó.

Su rostro expresaba una profunda simpatía y una adhesión á toda prueba.

—Yo—dijo el viejo Mosés—me marchó, no volveré á pisar esta tierra maldita.

A las cinco, un carruaje, tirado por cuatro caballos, le conducía, solo, hasta Montrejean, donde tomó el tren de las cinco para Burdeos.

No había querido subir al tren en Luchón, donde hubiera sido preciso esperar.

Experimentaba una irresistible necesidad de soledad y movimiento.

Por lo demás, ¿qué hubiera podido temer?

La guerra había terminado, y si es verdad que había vencedores y vencidos, también es cierto que había ruinas y luto para todos.

Al llegar á los álamos de Gaud, el ba-

rón oyó un ruido que le llamó la atención, sobresaltándole.

Era el sonido de las campanas, que dejaban oír sus ecos lastimeros hacia Marignac.

Aquel lúgubre ruido, le persiguió todavía largo tiempo, hasta bien pasado el arrabal de Astos.

Las campanas modulaban una agonía.

En medio de la serenidad de la tarde, aquel sonido lento, grave y acompasado, estaba impregnado de una tristeza infinita.

¡Se sentía la muerte!

¡La muerte se escondía, aun en medio de aquella admirable naturaleza!

El coche acababa de atravesar un puente, y el camino flanqueaba el Garona, aumentado con las aguas de la Pique, cuando el viajero distinguió á un sacerdote, inmóvil, ante la orilla del río.

Era el padre Artigues, consternado, irritado también contra el forastero, causa de tantas desdichas.

Impulsado por la curiosidad, el viejo Mosés hizo una señal.

Los caballos se detuvieron.

—Señor cura—dijo el barón sacando el cuerpo fuera de la ventanilla,—¿haría usted el favor de decirme por qué tocan las campanas?

—Por los muertos, señor—dijo el sacerdote políticamente.

Sus ojos estaban llorosos. La experiencia hubiera debido acorazarle contra el

dolor; y sin embargo, se veía que acababa de derramar abundantes lágrimas.

—¿Por los muertos dice usted? —exclamó el barón.

—Sí, señor. Es una triste historia. Tocan por una joven de veinte años, y por un joven, los dos hijos del país. La joven, á consecuencia del crimen de un ser infame, perdió la razón... Este sitio es muy peligroso y se llama el Hondón... Aquí se ha dejado sumergir. Era prometida de un valiente muchacho... un Dantenac, que se arrojó al agua con propósito de salvarla. Mañana les enterrarán á los dos...

—Gracias, señor—dijo el viejo Mosés. Y añadió, dirigiéndose al cochero:

—¡Vamonos!

Huyó, perseguido largo tiempo por el tintineo de las campanas.

Cuando al fin de la noche llegó á Burdeos, se hizo conducir al hotel de los Príncipes.

Allí, otro espectáculo le esperaba.

En una habitación, ó mejor dicho, un vasto salón, en medio del que estaba colocada una cama sin colgaduras, había una joven acostada, y la palidez de su rostro se confundía con la blancura de las almohadas.

Dos doncellas iban y venían, resbalando sobre la alfombra, sin ruido, como espectros.

A uno de los lados del lecho, una joven, alta y hermosa, estaba sentada y contem-

plaba con mirada inquieta, llena de compasión, el rostro enflaquecido, rodeado como una aureola por los magníficos cabellos rubios de la enferma.

Al otro lado, un joven, de pie, se inclinaba sobre el lecho y tenía entre las suyas una de las manos de la joven.

Aquella enferma no tenía veinte años, llevaba un nombre brillante, era rica hasta el punto de no conocer su fortuna.

Sin embargo, iba á morir.

Los médicos habían renunciado á disputársela á la muerte.

La joven que estaba á su lado era Elena de Villedieu; el joven era el marqués Huberto de Caussédé.

La moribunda se llamaba Raquel Mosés.

Agonizaba conservando todo su conocimiento, y no dejaba de observar todo lo que pasaba á su alrededor.

Sus grandes ojos, ojos azules de esclava, ojos admirables, puros y dulces, se dirigían sin cesar á la puerta, como si esperase á alguien que no llegaba.

Cuando el viejo Mosés apareció, las facciones de la pobre Raquel se animaron á impulsos de una visible alegría.

—¡Por fin llega usted!—murmuró con voz apagada.

Hizo un esfuerzo para incorporarse, y con ayuda de Caussédé y de su prima pudo sentarse en el lecho, apoyándose en las almohadas amontonadas á su espalda. Hizo seña á su padre para que se acercara, y le dijo:

—Quería hablar á usted, quería verle por última vez. Cuando se está tan cerca de la muerte, se tiene la inteligencia más clara y se comprende mejor la verdad de las cosas. ¡Mi hermano no existe!

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo lo sé.

El viejo Mosés se quedó asombrado con aquella revelación. Creyó en una especie de adivinación sobrenatural, cuando no era más que el resultado de la casualidad.

La moribunda, por uno de esos fenómenos extraños de última hora, que dan á la vista y al oído una agudeza extraordinaria, había sorprendido algunas palabras que Caussedé dijo á Elena á su llegada.

—¡Es verdad!—dijo el viejo Mosés bajando la cabeza.

La moribunda prosiguió:

—Se queda usted solo con la inmensa fortuna que tanto miedo me ha causado. ¡Tenga usted cuidado! Y si quiere que sus últimos días sean tranquilos, haga usted bien, mucho bien. ¡Hágalo por usted y por la salvación de sus hijos!

Y volviéndose á Caussedé:

—Dejo á usted todo aquello de que puedo disponer para que lo reparta á los pobres. Es mi última voluntad.

Bajó todavía más su voz, tan débil que apenas podía oírse, y murmuró como un suspiro:

—¡Adiós Huberto, yo te amo!

Aquella frase fué la última que modu-

laron sus labios exangües, y su hermosa alma se exhaló con su último aliento.

Algunas horas más tarde, se hallaban reunidos los habitantes de Astos y Marignac, delante de la casa del capitán Soubére.

El anciano sacerdote venía á buscar á la que había sido la más graciosa y quizá la más pura, como había sido la más querida de sus hijas.

Seis doncellas llevaron hasta la iglesia donde las campanas sonaban todavía, pero á todo vuelo, el ataúd que contenía los restos de Benedetta Soubére.

Ofrecía un curioso espectáculo la comitiva conduciendo el féretro, en el que, según la costumbre de los Pirineos, la muerta estaba tendida, ataviada con sus mejores galas, con el rostro descubierto y una cruz sobre el pecho.

Sus hermosas manos, blancas como la cera, sujetaban el crucifijo.

Aun se podían contemplar aquellas facciones tan admiradas, que la muerte había respetado, hasta el punto de que se hubiera podido creer que aquel dulce rostro estaba solamente dormido.

Una multitud silenciosa y triste la acompañaba en su último paseo á través de las sendas floridas, entre los bosques y las alegres casas de aquel barrio, antes tan pacífico y al que un misterioso crimen había quitado la tranquilidad.

Detrás del ataúd de la desgraciada jo-

ven iba otro, cerrado y cubierto con un paño negro.

Era el del prometido de Benedetta, el de Juan Dantenac.

Todos los guías de Luchón se encontraban allí, con su pintoresco traje, para acompañar hasta la última morada a su querido compañero.

También estaban todos los Dantenac.

Entre la multitud se esparcían extraños rumores.

Aquella misma mañana habían conducido al hotel Mosés un cadáver, á medias devorado; el del joven barón Jacobo Mosés.

El padre se había marchado como si fuera huyendo, y se concertaba aquella huida y el horrible hallazgo del Antenac con la trágica muerte de Benedetta Soubère y su prometido.

De todos modos no podían hacerse más que suposiciones faltas de seguridad.

Un profundo misterio envolvía todo aquel drama, del que no se conocía más que la catástrofe, permaneciendo en la sombra los actores y las causas.

La ceremonia concluyó en medio de la mayor emoción de todos los asistentes.

Cuando en el cementerio, al pie del gran calvario de mármol, se oyeron los golpes del martillo de Barrousse, que aseguraba la tapa que iba á ocultar para siempre el adorable rostro de la muerta, los sollozos estallaron.

Después, la multitud se fué alejando

lentamente, y algunos momentos más tarde, cuando sonaba el Angelus, que repitieron los ecos de aquel valle encantador, sólo quedaban en el cementerio dos mujeres, Marieta y su anciana tia, desconsoladas y regando con sus lágrimas la tierra, poco ha removida, bajo la cual descansaba aquella desgraciada y encantadora joven que se había llamado la Virgen de Marignac.

Han pasado algunos años después de estos acontecimientos.

En nuestros días parece que el tiempo ha centuplicado su velocidad.

Cosas que han ocurrido ayer parece que están alejadas medio siglo.

El hotel de Luchón, puesto á la venta, fué comprado por un médico que trataba de hacerle producir buena renta transformándole en casa de salud.

El hotel del barrio de Saint-Honoré, cerrado diez meses del año, está habitado únicamente por un portero y dos criados, que se pasean melancólicamente en el inmenso palacio, escombrado de obras maestras, que nadie admira, y que media docena de mercenarios desembarazan, una vez por semana, del polvo y la polilla que tratan de invadirlos.

El castillo de Plessis-Mortcerf no estaba más animado.

Allí se encierra el barón Mosés, durante meses enteros, sin recibir á nadie.

El inmenso parque está siempre custodiado por el mismo ejército de guardas; los jardineros son tan numerosos como antes; pero todos ellos han recibido orden de ser indulgentes; los campesinos de los alrededores circulan libremente por aquel inmenso dominio, que es para ellos la tierra prometida. Con un poco de moderación por su parte, son los verdaderos dueños de todo. Pueden recoger á su gusto flores en primavera, y leña, fruta y caza en toda estación.

Los paseantes circulan libremente por aquel parque magnífico que antes les estaba prohibido. El dueño se desentiende de todo y no conserva aquellos bienes soberbios más que como un mandatario encargado de transmitirlos á sus verdaderos amos.

Rico hasta el extremo de no saber que hacer con su dinero, comprendía mejor que nadie la inutilidad de estas inmensas joyas, que no son más que un fardo pesado para sus poseedores, y una opresión para los demás.

Apenas si los criados del hotel ó del castillo se dan cuenta de su presencia.

Procura hacer el menos ruido posible.

El único personaje que llena la casa con su importancia es Próspero Lagrippe, que es más que nunca el *factotum* del poderoso millonario.

El normando es el árbitro en todos los asuntos, el camino para todas las limosnas, el dispensador de todos los favores.

Cuando por casualidad algún pretendiente se dirige directamente al barón, éste se desentiende en seguida con esta frase, que lleva estereotipada en los labios:

—Vea usted á Lagrippe.

O más familiarmente:

—Vea usted á Próspero.

Apenas si se oyen otras palabras que estas salir de su boca.

Aun esas, las pronuncia con una desanimación inmensa como su fortuna, que indica un desprecio casi monacal de todo lo que puede relacionarle con el mundo.

Próspero tiene sus instrucciones; Próspero dá á todos sin contar, y sobre todo se da á sí mismo.

Tiene para ello sobrada libertad, y casi casi hasta derecho.

El barón cierra los ojos y se confía en él ciegamente.

A menudo el viejo va solo, por los caminos más solitarios de Plessis, hasta la iglesia abandonada de Fadrey.

Allí permanece horas enteras delante de la tumba que ha hecho levantar á su hija Matilde, y repasa lentamente sus recuerdos.

¡Cuántas amarguras y cuántas decepciones!

Tumbas por todas partes, catastrofes por todos lados, justo castigo de las ruinas que ha sembrado por el mundo entero, y sobre las cuales ha levantado el edificio de su increíble y odiosa fortuna.

Su testamento está hecho.

Los notarios que lo autorizan tienen la conciencia del deber y no harán traición al secreto profesional; pero nosotros podemos decir que cuando sea conocido ha de asombrar al mundo.

La época en que se conozca ese secreto no está lejana, según todas las apariencias.

El barón comprende que se acerca rápidamente á la tumba y semejante idea no le aterra.

Hay existencias para las que la muerte viene á ser la salvación y la alegría.

A pesar de lo inverosímil de semejante afirmación, podemos asegurar que el barón Mosés se encuentra en ese caso.

Ni los viajes, ni las distracciones que ha buscado, ni la vanidad que pueden proporcionarle sus inmensas riquezas, logran arrancarle á sus meditaciones.

Su pensamiento gira sobre tres fosas abiertas prematuramente; las de sus tres hijos que han sucumbido casi á un mismo tiempo á impulsos de la implacable fatalidad.

De cuando en cuando, una joven, siempre de luto en sus visitas, llega hasta él y permanece algunos momentos en su compañía, dejándole luego con todas las señales de una afección semejante á las que sienten las hermanas de la Caridad por sus enfermos.

Es Elena de Villedieu, su nuera, que ha pasado á ser, con su consentimiento,

dos años después de la trágica muerte de su marido, la marquesa de Causседé.

Sus conversaciones no son nunca largas.

¿Son afectuosas?

Es probable, pero nada se puede saber.

La joven parece experimentar por el viejo una inmensa piedad sin mezcla de ningún sentimiento.

El viejo Mosés nunca ha sabido el papel desempeñado por Causседé en el drama de Luchón, ni su traición con su camarada Jacobo Mosés; sin embargo, Causседé evita con cuidado todas las ocasiones que pudieran llevarle á presencia del padre de su víctima.

La marquesa les sirve de intermediario y cumple su cometido con la compasión cariñosa que el mismo Lagrippe siente por este hombre, que, desde tan alto, ha caído en tan completo infortunio.

El bearnés ha cumplido la misión que le fué confiada por Raquel Mosés con una probidad y un desinterés que hacen el más grande honor á su carácter.

Las enormes sumas que el barón le ha entregado para cumplir la voluntad de su hija moribunda, han sido empleadas de la manera más útil en obras grandiosas administradas con perfecta lealtad y rara inteligencia.

Los pobres se aprovechan de aquellas donaciones, sin que se pierda un solo céntimo en esas filtraciones escandalosas de que nuestra época posee el secreto.

Causседé, al casarse con la viuda de Jacobo Mosés, no se ha casado con su fortuna. No hace más que distribuirla, y según todas las probabilidades será también el mandatario del viejo barón en la gran obra que coronara su vida.

Este es el mayor elogio que puede hacerse de aquel gentilhomme, que si ha mostrado en la venganza una tenacidad fría y un rigor implacable, en cambio guarda un fondo de honrada generosidad, y nunca ha manchado sus blasones con las poco correctas especulaciones de que muchos nos dan ejemplo vergonzoso.

En Luchón, los Dantenac viven sometidos á su antigua medianía.

El mayor está contento con lo que había podido reunir al servicio del barón Mosés.

Es lo bastante para subsistir libremente en un país donde la vida de los montañeses cuesta tan poco, puesto que es sobria y laboriosa.

Un día, en la iglesia de Marignac se celebraba una ceremonia menos triste que la última que hemos relatado, y que reunía otra vez á los amigos de los Dantenac y los Soubére.

Pedro Dantenac se casaba con Marieta.

La tumba de Benedetta estaba cerrada hacía tres años.

En el momento en que los recién casados salían de la iglesia, el cartero entregó á Pedro una carta de París.

Era del marqués de Causседé.

«Mi querido Dantenac:

»El pasado está ya lejos, y el tiempo goza del privilegio de endulzar todas las amarguras y calmar todos los odios.

»Encargado por el barón Mosés de arreglar sus negocios, me encuentro con una cuenta que concierne á usted, y no está saldada.

»Se eleva á más de un millón.

»Por un escrúpulo que le honra, ha rehusado usted disponer de esta suma que le pertenece.

»Créame usted, el dinero nunca estorba, porque permite consolar á los desgraciados, enjugar dolores y prestar otros servicios.

»Acéptelo usted; el barón Mosés, que encontraría usted muy cambiado, se lo ruega.

»Cuando dé usted la contestación, reflexione que, al aceptar, llevará usted alguna tranquilidad á su conciencia y que por crueles que hayan sido los resentimientos que han mediado entre ustedes, ha sido usted casi su hijo.

»Su amigo,

»HUBERTO DE CAUSSEDÉ.»

En aquel momento el cura de Marignac, que llegaba á los últimos límites de la vejez, salía de la iglesia y se encontraba al lado del recién casado.

Pedro Dantenac le entregó la carta con una mirada que imploraba consejo.